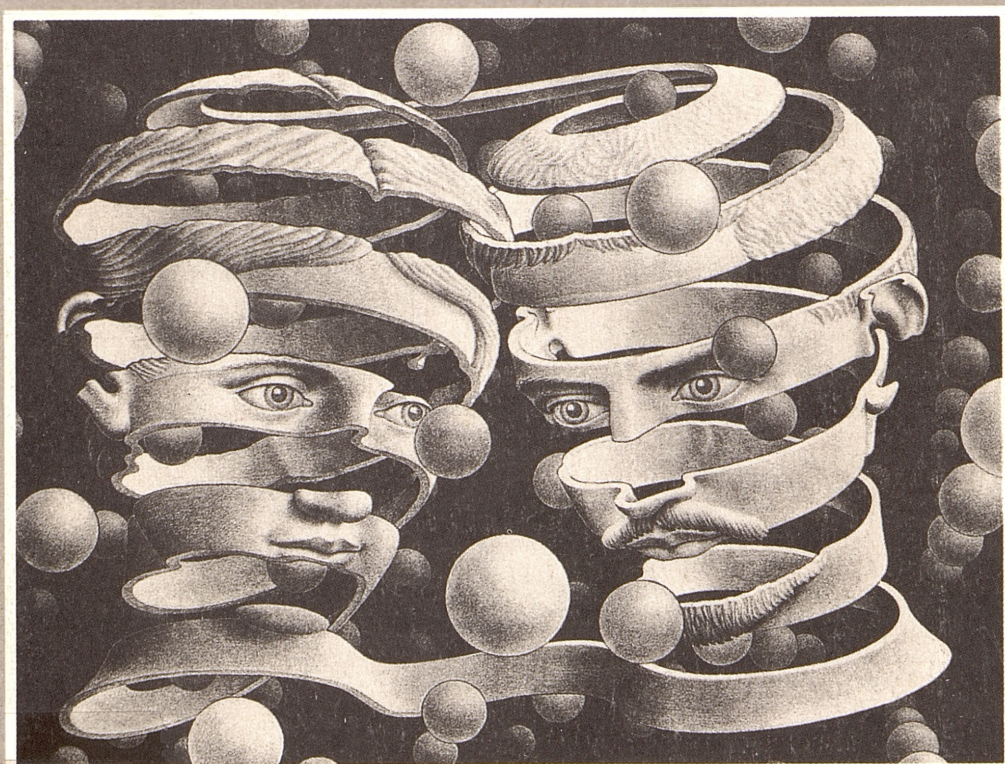


LAS CIENCIAS SOCIALES Y HUMANAS EN MÉXICO

Miguel J. Hernández Madrid
José Lameiras Olvera
Editores



EL COLEGIO DE MICHOACÁN

LAS CIENCIAS SOCIALES Y HUMANAS EN MÉXICO
SÍNTESIS Y PERSPECTIVA DE FIN DE SIGLO

Miguel J. Hernández Madrid
José Lameiras Olvera

Editores



El Colegio de Michoacán

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	9
INTRODUCCIÓN	11
ESTADO DE LAS CIENCIAS HUMANAS Y SOCIALES EN EL FIN DEL SIGLO XX MEXICANO	21
<i>Las ciencias sociales y las humanidades del siglo XX mexicano</i> Abelardo Villegas	23
<i>Las humanidades en México: un recuento de fin de siglo</i> Herón Pérez Martínez	35
<i>Estado de las ciencias sociales y de las humanidades en el fin de siglo mexicano: el caso de la historia</i> Guillermo Palacios	59
<i>La provincia de la ciencia y la ciencia de la provincia. Advertencias para hacer investigación regional en México</i> Luis Alfonso Ramírez	77
<i>Caen acaso las torres que en el cielo se creyeron...</i> Brigitte Boehm	89
AL OTRO LADO DEL ESPEJO: SOBRE LA RECUPERACIÓN DE LAS DISCIPLINAS Y EL DIÁLOGO INTERDISCIPLINARIO	99
<i>La antropología en la encrucijada del mundo moderno</i> Eduardo Zárate	101

<i>Una historia en construcción. Teoría y práctica de los desfases</i> Juan Pedro Viqueira	119
<i>Democracia y ciencias sociales</i> Jorge Alonso	161
<i>La división del trabajo y la construcción de la nueva torre de Babel: el diálogo interdisciplinario</i> Ignacio Sosa	199
<i>Por los estudios de frontera: experiencias de interdisciplinariedad en México</i> Gail Mummert	217
VOCACIÓN Y UTOPIA: LA FORMACIÓN DE INVESTIGADORES	227
<i>La formación de investigadores: vocación y utopía</i> Juan Parent	229
<i>Ideología y socialización: el científico ideal</i> Larissa Adler-Lomnitz	239
<i>Walter Benjamin y Los pasajes de París: acerca del método, el objeto y la investigación</i> Daniel Hiernaux Nicolas	259
PERSPECTIVAS Y RETOS PARA EL SIGLO XXI	277
<i>Futuro inmediato y democracia, la contribución de las ciencias sociales</i> Jean Meyer	279
<i>Tendencias de investigación en ciencias sociales y humanidades: perspectivas para el siglo XXI</i> Agustín Jacinto	291
<i>Crisis de la racionalidad y nuevos paradigmas</i> Enrique Leff	303
ÍNDICE TEMÁTICO	311

CAEN ACASO LAS TORRES QUE EN EL CIELO SE CREYERON...

Brigitte Boehm

En un mundo hecho de convenciones, la convención del tiempo nos reúne en el veinte aniversario de El Colegio de Michoacán para preparar la celebración del ritual que necesariamente ha de acompañar el nacimiento de una nueva era, coincidente con la muerte de la vieja, en el preciso momento imbuído de esa magia convencional del cambio de calendario entre el 31 de diciembre de 1999 y el 1° de enero del año 2000, en el que veremos caer acaso las torres que en el cielo se creyeron...

La fuerza de la convención, en este fin de siglo inserto convencionalmente en el fin de un milenio y un bimilenio (no hay certeza alguna sobre el año preciso del evento que marca el inicio calendárico), nos convence de que observamos con cierta precisión la factura técnica y estilística del edificio de las ciencias sociales, pero también de que vemos inevitablemente carcomerse, oxidarse, podrirse, herrumbrarse, desgastarse y erosionarse sus cimientos, muros y techumbre— a pesar de los intentos de algunos de apuntalarlo—, anunciando, así pareciera, su irremediable derrumbe. La certeza es menor cuando de predecir se trata: de entre el escombros ¿crecerá la maleza y ocultará a la mirada de nuestros hijos y nietos el fugaz esplendor de un intento fallido de civilización?; ¿nuestros descendientes construirán con los materiales ruinosos edificios similares o diferentes?, o ¿nuestra mirada engañada confunde una nueva etapa constructiva con borrón y cuenta nueva?; o, ¿simplemente nos mudamos a un ala del edificio, abandonando sólo temporalmente la otra?

La convención, y no otra cosa, nos hace situar la coyuntura en el cambio calendárico, como lo anuncia el título de este evento académico, más que en los procesos de expansión del capital, por un lado, que extra-

ñamente coinciden con la desintegración de los Estados nacionales, por el otro.

De tan trillado, el derrumbe del edificio de las ciencias sociales se ha convertido en la convención que nos hace repetir lo que son ya lugares comunes en estas reuniones ensayos de su sepulcro, que da lugar a las curas en salud con que enfrentamos el reto de hacer valer el optimismo o el pesimismo con el que nos preparamos para presenciar el evento, nos excusamos del desorden conceptual de nuestras reflexiones, y tratamos de encubrir nuestras angustias existenciales como científicos sociales para expresar el *mea culpa* por la defectuosa ingeniería de nuestra obra.

No escapan los ponentes de esta mesa, y tampoco su comentarista, a estas curas en salud, debidas a la incertidumbre compartida frente al futuro y a la más “seria y perturbadora” duda de ser yo la persona indicada para opinar doctamente sobre cuestiones muy “serias y perturbadoras” planteadas por los ponentes.

Provocador es el trabajo de Guillermo Palacios sobre el devenir de la historia en México en los últimos cien años y de algunas de sus ventanas abiertas al futuro.

No es menos inspirador *el mismo viento* que sopla a través de la disertación de Herón Pérez sobre la ciencia de la textualidad, que se coloca de manera optimista en el centro del debate sobre el lenguaje y dicho sea de paso, y al parecer según los más connotados científicos —que lo quieren haber detectado y con ello atacado—, es precisamente el virus que ante la ausencia de anticuerpos amenaza con agotar el impulso vital de las ciencias sociales.

Optimismo y pesimismo impregnan la reflexión de Luis Alfonso Ramírez, quien siendo antropólogo social, no hace distingo disciplinario explícito y ubica el quehacer científico social en los ámbitos regionales mexicanos.

Las tres aportaciones en cierta manera son variaciones sobre un mismo tema, distinguiéndose, sí, por el lente disciplinario y el sustrato vivencial, ideológico, teórico de cada uno de los autores. No podré evitar que mi brocha colorea de antropología cada uno de los temas que el historiador, el filólogo-lingüista y el antropólogo social ponen sobre la mesa para darles el retoque, tratando de no defraudar a ninguno de ellos.

La intencionalidad narrativa de esta larga cura en salud me lleva a una primera cuestión percibida atrás de los textos, aunque no abordada directamente: la cuestión del convencionalismo incuestionado, que atañe a la ciencia social de buena parte del siglo XX y tiene que ver con el contexto sociocultural del científico social, que ahora, según Palacios, nos coloca dentro de la “media mundial”, en el “ritmo de las innovaciones temáticas y metodológicas” y para él está inserto en una “tensión estructural”, por la que “el movimiento de uno afecta el desplazamiento de todos, que por su vez reverberan en el movimiento originario”.

Al dudar de la validez de las convenciones, no podemos eludir, sugiere, esa tensión estructural que, al fin de cuentas nos vuelve a insertar en convencionalismos, cuando aceptamos la muerte de los paradigmas y vemos en unas innovaciones temáticas y metodológicas y no en otras, las pistas para salir del laberinto.

La noción popperiana de que la ciencia en general es una institución social y que “no hay ninguna ciencia crusoeniana y [que] ésta no es una forma de conocimiento personal. La de que la cooperación entre personas bajo un régimen de reglas institucionalizadas que rijan los procedimientos es un ingrediente necesario de la ciencia,”¹ son asumidas por los tres autores al referir la institucionalización y profesionalización sucedida durante el siglo XX, aunque de distinta manera.

El corte cronológico que hacen los autores divide entonces el tiempo hacia atrás, marcado por la duración y efectividad del proceso constructivo de la ciencia social profesional e institucionalizada, y hacia adelante por la irrupción de la duda sobre las bondades de esa edificación y los caminos abiertos para resolverla.

Sin referirme por lo pronto a las trampas del lenguaje que simularían la realidad de la ciencia, así como el cuestionamiento de la propia realidad, me interesa rescatar aquí una mirada a esa institución social en la que convivimos los científicos sociales y de cuya creación y construcción somos responsables, en particular a las formas particulares de las instituciones mexicanas en cuya nómina figuramos que constituyen el campo

1. I. C. Jarvie (1997:21ss) explora en la obra *Logik der Forschung* de 1935 de Popper (en la versión inglesa *The Logic of Scientific Discovery* de 1959, así como en otras obras posteriores) la noción social de la ciencia. Omito, por lo pronto, el cuestionamiento posmoderno a la misma ciencia y a la lógica de la razón que la sustenta.

político en que configuramos nuestra posición de poder relativo, o nos conformamos con lo que no podemos negociar en la ronda de la división social del trabajo.

Percibo en el texto de Palacios la angustia –quizá propia de nuestra generación– ante la coincidencia alarmante en el tiempo de aparición de las ideas de modernidad y racionalidad con la de ciencia social, a saber: la historia, a saber, la antropología y todas las demás, coincidentes también con la profesionalización –*ergo*, institucionalización– del quehacer de los científicos sociales; la angustia provocada por la anunciación del fin de la modernidad –*ergo*, el fin de la ciencia social, la historia, la antropología y las demás de nuestras profesiones e instituciones, de la costumbre adquirida en algo más de doscientos años de una apoltronada vida clase-mediera.

Me identifico con Palacios cuando hace referencia a unos monstruos antropofágicos y apocalípticos que amenazan lo aprendido en nuestros años jóvenes a Luis González, Paul Kirchoff, José Miranda, José Gaos, a quienes no puedo dejar de agregar por mi parte a Gonzalo Aguirre Beltrán, Éric Wolf, los Pedros Armillas y Carrasco, Guillermo Bonfil, Arturo Warman y, sobre todo, a Ángel Paler, pero olvida mencionar Palacios, sin embargo, que fueron monstruos similarmente antropofágicos y apocalípticos –el relativismo cultural, un historicismo ecléctico, el psicologismo (aparentemente inexistentes en la ateoricidad de la historia)– los que primero nos mantuvieron ajenos al marxismo para después convertir a éste en el dogma de la única verdad (en monstruo antropofágico y apocalíptico) y ahora en el de la única mentira.

La profesionalización de la historia en México, y también la de la antropología, ciertamente sucede junto con la construcción del Estado nacional, junto con el desarrollo del capitalismo, que son la realización de la modernidad en nuestro territorio, como su objeto y sujeto. Correspondió a la historia –o a los historiadores– el construir el *currículum* de la nación y proyectar su imagen a la sociedad; a la antropología, la tarea de transmitir la identidad de la nación mexicana a los renuentes a integrarse, a los indios.

Nada más y nada menos, se nos confió a historiadores y antropólogos el hacer de México un país moderno. ¿Es cierto esto? o, más bien, ¿nos prestamos a ser cómplices y meros instrumentos en una tarea realizada por

otros, los beneficiados económicamente con el capitalismo y políticamente con la construcción institucional del Estado mexicano, amparado simbólicamente en la identidad nacional mexicana?

Sea cual fuere, nuestra tarea nos ligó estrechamente al Estado mexicano –salvo algunas excepciones que lograron subsistir fuera de él–. Siendo nuestro principal empleador, los recursos fiscales proveyeron durante bastante tiempo para que alcanzáramos niveles de consumo medianamente satisfactorios; costearon los foros de validación oficial de la idea de nación proclamada por los mejor establecidos; financiaron la edición de los textos que produjimos para educar a los mexicanos; compraron las medallas y los trofeos que nos distinguieron.

Cabe aquí el paréntesis de que los historiadores probablemente han tenido más clara conciencia de la tarea que los antropólogos; éstos se fueron más por la finta de que los recursos fiscales provenían de la sociedad y de que estaban al servicio del pueblo.

Luis Alfonso Ramírez da el vuelco a esta perspectiva cuando hace ver que la construcción del edificio de la ciencia social fue un fenómeno netamente capitalino, a saber, que si sucedió a la par con la de la modernidad y el Estado nacional, también la acompañó la centralización económica, política y demográfica que convirtió a la ciudad de los palacios, de la región más transparente del mundo en la esquisomegalópolis que alberga en su meridión a la mayoría de las instituciones científico sociales del país. Dirige nuestra mirada a las regiones mexicanas, donde la modernidad adquirió visos de provincianismo, aislamiento intelectual, invalidez propositiva, es decir, que la arquitectura no incorporó el aluminio, el concreto, los cristales, pero utilizó el lodo, el bajareque y la palma, pero sobre todo el cartón y el plástico, para dar cauce al “interés por comprender las sociedades regionales [y a] hipótesis para explicarlas, algunas de increíble certeza y otras de insuperable superficialidad”.

Pero parece ser que esa arquitectura regional, que se aparta de la monumentalidad que caracteriza a la construcción capitalina, no merece cimentar la ciencia social del futuro. Paradójicamente la tendencia parroquial y local, ajena a la comprensión de lo general, se contrapone a la mira que individualiza a los actores sociales, que no trasciende a los grupos pequeños, que reduce el tiempo a lo cotidiano. La angustia reside en superar lo micro frente a lo nacional, mundial y global (yo añadiría en primer

lugar lo regional), para lograr incorporar los materiales prefabricados de hoy día, de formarse en la línea de la convencionalidad.

El deber ser de la ciencia social en las regiones de México, el deseo expresado por Ramírez de que éstas adquieran perfiles distintos, pone en la palestra una cuestión que, quizá, sea precisamente la que pueda sacar de preocupaciones desorganizadas sobre su historia y sobre su futuro. Esta cuestión atañe al encuentro necesario entre el sabor de insatisfacción de historiadores, pero también de sociólogos, economistas y demás, que ha dejado en ellos la dedicación al monumentalismo durante buena parte del siglo XX, por un lado, y la inconformidad que sentimos los antropólogos, no nadamás en las regiones, ante nuestras inclinaciones particularistas. Me llama la atención en este sentido que desde esta disciplina no se hayan producido pronunciamientos de rechazo a las propuestas de individualización mercantilista y fenomenológicas que desde aquellas nos invaden, cuando sólidamente hemos avanzado en relativizar la validez de los monumentos desde la perspectiva regional, desde el entramado de lo informal, que condiciona, limita e indetermina lo formal. Desde hace tiempo los antropólogos hemos cuestionado que la aplicación de determinadas categorías sea exclusiva para los primitivos, de otras para los occidentales urbanos. Desde hace tiempo nuestros edificios se han modernizado a su manera, sacando a relucir que la precariedad regional no obedece a rezagos o necias resistencias, pero precisamente a los sangrados a la economía y autonomía efectuados por el Estado, la y el capital y la nación. Averigüemos mejor, digo yo, si esos materiales precarios nos han permitido edificar con mayor efectividad para resistir a ciclones y huracanes tropicales, pues no tenemos necesariamente que seguir la misma posmodernidad arquitectónica de las capitales de la ciencia, podemos construir la nuestra.

La textualidad, sugiere Pérez Martínez, ha construido su propia fortaleza y monumentalidad arquitectónica a lo largo del siglo XX. Ha resistido a los embates que han pretendido sacarla de la jugada de la ciencia. Su sólida fábrica se estableció en suelo firme con el sello de Dilthey y Pierce, con una concepción tan antigua como la de Platón, que en la pluma de Henríquez Ureña sitúa al “espíritu humanista, [como el que] se caracteriza por su afán de progreso individual y social; por el mismo deseo de perfección del que nace la ciencia... [por] la inquietud de progreso...” (cit. por Herón Pérez, p. 6-7). La ciencia del lenguaje nace en buena cuna,

se robustece bien nutrida, se desarrolla, madura y progresa, su espíritu se vigoriza y logra establecerse en la urbe de la ciencia a través del riguroso empeño de sus factores, como lo demuestra magistralmente el autor en el ejemplo de la traducción. Es más, agregaría yo a la disertación, de su propio análisis y crítica internos crecen sus cúpulas y destacan en el paisaje urbano para hacer denotar que la determinación del lenguaje se impone a todo fenómeno sociocultural, incluso el científico social.

Se confunde el lenguaje, entonces, con el monstruo antropofágico que descubre Palacios en la incertidumbre ocasionada por la pérdida de confianza en los materiales de construcción (léase la economía, la política y las relaciones sociales; léase el estructuralismo, el funcionalismo y el materialismo; léase el Estado y la nación); que descubre Ramírez en su insatisfacción con el quehacer científico provinciano.

Palacios enumera los serios y perturbadores contaminantes tóxicos que el monstruo escupe sobre cimientos, paredes y techos, los cuales, sin embargo, son los que han de proveer también el remedio alópata industrial y la rehabilitación de la Historia; Ramírez anuncia los rumbos que la ciencia social en las regiones no debe desatender, si ha de persistir en el futuro. Ambos dan ocasión para penetrar en el segundo período que marca el corte cronológico, que es el del sismo de la ciencia, antes de reflexionar sobre el tercero, que es su futuro.

No obstante la “tradicionalmente notable... aversión a la teoría y la especulación” de la Historia, las “indagaciones serias y perturbadoras realizadas por gente del propio gremio de los historiadores en los años recientes” enlistadas por Palacios no están tan alejadas de las producidas por otros científicos sociales: sobre el valor que representa la fuente; sobre la intermediación del discurso historiográfico entre la realidad y el conocimiento; sobre el significado de la realidad, sobre la posibilidad de recuperar el pasado; sobre la objetividad, sobre la naturaleza científica de la práctica de construir y fabricar, no de buscar y descubrir; sobre las formas ideológicas de las grandes narrativas que subordinan las pequeñas historias, sobre la determinación del presente sobre el pasado y, pongo al final, sobre el problema del lenguaje moderno, de la imposibilidad de analizarlo críticamente desde el interior de la propia modernidad.

Ramírez Carrillo sugiere que la ciencia social en las regiones se enfrenta a retos de calidad y originalidad, para trascender el parroquia-

nismo o el asombro ingenuo que provoca cada caso, cuando no se ubica en las dimensiones nacionales e internacionales, cuando no se hace distinción entre las características propias y las que vienen del exterior. La búsqueda del equilibrio entre lo particular y lo general mueve al autor a proponer que el aporte de la investigación regional ha de consistir en la demostración de que el análisis de la vida informal, de las redes que se tejen entre familias y grupos de interés no sólo da cuerpo a la comprensión de lo local, pero constituye el amarre de la lógica de las contradicciones del desarrollo de México y de su entrada a la modernidad. La búsqueda atañe al equilibrio entre lo empírico y lo teórico, entre lo micro y lo macro, entre lo local, lo regional y lo federal o nacional –aspecto que el autor inserta en una lucha–, entre lo disciplinario y lo científico social, a cuya realización se opone el aislamiento manifiesto en lo raquítrico de la infraestructura institucional y el rezago que ocasiona. El círculo vicioso tiende a cerrarse para Ramírez, cuando el quehacer profesional regional se ve sometido a las mismas normas del pragmatismo capitalino en la investigación y la docencia (conviene establecer si la capital se ubica en la ciudad de México o en el Banco Mundial) y sólo se resuelve con la vuelta a la casuística y ausencia de teoría.

Si esa fuera la solución, la envergadura del problema sería menor. Seguimos como estamos, qué más. Los monstruos apocalípticos que incitan a serias y perturbadoras consideraciones a ambos autores amenazan con perturbar la propia profesionalidad de la ciencia social, en la capital y las regiones mantenidas por los recursos fiscales de la nación provistos por el Estado. Historiadores y antropólogos y quizá también los científicos de la textualidad, todos peones acasillados ahora nos tambaleamos, cuando el patrón nos anuncia que disuelve la hacienda y reparte la tierra –sospechosamente, se queda con el agua (léase SNI). En otras palabras, nos pone en el mercado, cuando no sabemos vender (léase negociar), y cuando el desarrollo tecnológico social ha dejado fuera del proceso de creación de valor monetario la manufactura.

Convertidos en mercancía o en actor social negociador, todo parece indicar que nos corresponde ahora, ya no la construcción del moderno Estado mexicano, pero la puesta en el mercado de nuestros sujetos de estudio: para los historiadores, los combatientes de la revolución ya no han de haber defendido o reclamado sus patrimonios colectivos y su autonomía

comunitaria y regional, pero sí negociado espacios y resistido exitosamente a los intentos de obstruir su acción empresarial; para los antropólogos, la tarea consiste en convencer a indios, campesinos y demás actores sociales de que no es más que su propia identidad imaginaria la que les impide ponerse las pilas para circular, intercambiar, negociar, crear valor agregado y hacer que su microempresa se convierta en mediana y de allí en transnacional.

Los nuevos aires que soplan para que con mejor sosiego podamos dedicarnos a desentrañar todos aquellos pequeños movimientos, impulsos, meneos y ritmos de la vida pasada de los mexicanos, que no habíamos percibido en la sombra de los grandes acontecimientos, ciertamente han de despejar nuestras mentes. La nueva convención quiere imponernos, no obstante, que los objetos de la pesquisa se enfoquen automáticamente como mercancías y los sujetos como ofertantes y consumidores.

Lanzados así al espacio mercantil, quedamos al amparo de las grandes transnacionales y nos cuesta trabajo reconocer a los nuevos patrones que nos asignan nuevas tareas: borrar o, al menos, banalizar nuestro pasado, para los historiadores; maquilar a la nueva sociedad con los instrumentos de la administración, la psicología y la educación, para los antropólogos.

Más parece interesarnos la conservación del empleo y los puntajes que dan acceso a los estímulos, que la certidumbre de desempleo que ocasiona la resistencia y la huelga. Así mantenemos una raquítica base de ingresos que nos proporciona el Estado —aunque no sepamos si los recursos provienen directamente de la fiscalización nacional o de deudas contraídas con los grandes bancos con el aval de la capacidad tributaria de nuestra sociedad—, y nos ejercitamos en el salto de altura para alcanzar los cebos de las bolsas de dinero que ahora dispone el capital (sirviéndose del Estado) en forma de becas, apoyos a proyectos y estímulos. Estamos tan ocupados contando puntos, que nos olvidamos de hacer ciencia; después de todo, para qué hacemos ciencia, si ya decidimos que la ciencia no existe más que como ilusión perceptual de una modernización imaginaria.

La reflexión de Palacios en torno a la historiografía de la revolución es indicativa de que la historia y su ejercicio profesional en México son producto, al menos imaginario, de la historia. Con la negación de la historia, de la ciencia, de la razón, de la modernidad, a mi modo de ver,

corremos el riesgo de tirar al caño al niño junto con el agua en la que lo bañamos. Tiramos al caño la esperanza de emancipación, de libertad, de ciudadanía, de inteligencia, no sólo a un intento histórico relativamente fallido de alcanzarlas. Me parece igualmente sospechoso el que sean los colegas de otros países quienes recojan a la criatura para rebautizarla, quizá, para cambiar el ritmo de la Adelita al del *rock*.

Si asumimos responsablemente la paternidad de nuestra ciencia social, llámese regional o nacional, escapamos, quizá, a revertir la tendencia del sentido de términos como el de Globalización, Fenómeno Local, Actor Social, Identidad, Imaginario, que, así como en su tiempo la Revolución, el Estado y la Iglesia, comienzan a escribirse con iniciales mayúsculas.